

velo, cubrió con él llorando el rostro de su amiga, y exclamó en alta y sonora voz: Maldita sea la indigna mano que está velo alzare; maldito sea el ojo impío que mirare este rostro desfigurado. Esta acción, estas maldiciones de tal modo pasaron á los espectadores que al punto como por una subitánea inspiración repitieron esta misma impresión mil gritos, y tanta impresión ha hecho en toda la familia de casa, y en el pueblo entero, que habiendo puesto á la difunta en el atahud con sus vestidos y con las mas escrupulosas precauciones, ha sido llevada al cementerio, y enterrada en este estado, sin que ninguno haya sido osado á tocar el velo (1).

La suerte del mas digno de compasión es tener todavía que consolar á los demas. Esto es lo que tengo yo que hacer con mi suegro, con la señora de Orbe, con amigos, con parientes, con vecinos y hasta con mis propios criados. Lo demas no es nada; pero mi anciano amigo... pero la señora de Orbe... es menester ver la aflicción de esta para figurarse cuanto aumenta la mia. Lejos de agradecer mis atenciones, me las reprende; la irrita mi esmero, la exaspera mi fría tristeza; necesita de un desconsuelo acerbo semejante al suyo, y quisiera su inhumano dolor ver á todo el mundo desesperado. Lo mas crudo es que para nada se puede contar con ella, y que lo que un instante la alivia la enoja el siguiente. Raya en locura todo cuanto hace y cuanto dice, y seria risible para quien estuviera sereno. Mucho tengo que sentir, pero no me cansaré jamas. Sirviendo á la que Julia amo creo que mas bien que con lagrimas la honro.

Por un rasgo vendrá V. en conocimiento de lo demas. Creia que lo tenia

siempre la imaginación la señora de Orbe es la que el expediente del velo le dicta. Creo que si se examinara con atención se hallaría la misma relación en el cumplimiento de muchos pronósticos. No ha sido pronosticado el suceso porque ha de suceder, pero sucede porque ha sido pronosticado.

(1) El pueblo del país de Vaud, aunque protestante, es en extremo supersticioso.

(2) Por eso nos gustan á todos los dramas, y á muchos las novelas.

todo grangeado con haber persuadido á Clara á que se conservase para desempeñar las tareas que le encargó su amiga. Estenuada de agitaciones, abstinencia y vigiliat, al fin parecia resuelta á volver en sí, á entablar otra vez su acostumbrada vida, y á comer en el comedor. La primera vez que vino dispuse que comieran en su cuarto los chicos, no queriendo esponerme al riesgo de hacer esta prueba delante de ellos, porque el espectáculo de toda especie de pasiones violentas es uno de los mas peligrosos que á los niños puedan presentarse. Siempre en sus escesos tienen estas cierto no sé que pueril que los divierte, los seduce, y los hace amar lo que deberían temer (2). Sobrado habian visto ya.

Al entrar dió una ojeada á la mesa, y vió dos cubiertos, y al punto se sentó en la primera silla que halló detras sin querer ponerse á la mesa, ni decir el motivo de esta mania. Crei que le habia adivinado, é hice poner tercer cubierto en el sitio que de ordinario ocupaba su prima. Entonces se dejó agarrar de la mano, y llevar sin resistencia á la mesa, componiendo su vestido con cuidado, como si hubiera temido estorbar este sitio vacío. Apenas habia llevado á la boca la primer cucharada de sopa, cuando la suelta, y pregunta con mucho enfado que hacia allí aquel cubierto, puesto que á nadie servia. Díjele que tenia razon, y mandé quitarle. Probó á comer, sin poder lograrlo. Poco á poco se le apretaba el corazón, su respiración era fuerte y se semejaba á suspiros. Levantóse en fin á deshora de la mesa, volviéndose á su aposento, sin decir palabra, ni oír nada de lo que yo queria decirle, y en todo el dia solo tomó te.

El dia siguiente fué volver á las andadas. Imaginé un medio de restituirle

la razon por sus propias manias, y ablandar la dureza de la desesperacion con un afecto mas suave. Ya sabe V. que su hija se parece mucho á mi difunta mujer. Clara tenia mucho gusto en hacer mas notable esta semejanza con vestidos del mismo genero, y de Ginebra les habia traído varios trajes semejantes que se ponian los mismos dias. Díje á Henrieta que se vistiera imitando á Julia, en cuanto le fuese posible, y habiendose instruido bien, la hice sentarse á la mesa en el sitio del tercer cubierto que se habia puesto como el dia antes.

A la primer ojeada conoció Clara mi intención, y me miró con ternura y agrado. Esta ha sido la primera de mis atenciones á que haya correspondido con gratitud, y saqué un buen pronóstico de un medio que á eternecerse la disponia.

Ufana Henrieta por representar á su mamita, desempeñó muy bien su papel, y tan bien que lloraban los criados. No obstante llamaba siempre á su madre mamá, y la trataba con el respeto que correspondia, hasta que animada con mi aprobacion que notaba y lo bien que salia lo fraguado, imaginó coger una cuchara, y decir en un arranque: ¿Clara, quieres de esto? El gesto y el metal de voz fueron tan propios que se estremeció su madre. De allí á un instante da una gran carcajada, y alarga el plato, diciendo: si, hija mia, dame; eres preciosa. Y luego se puso á comer con una ansia que me causó estrañeza. Reparando en ella con atención, vi cierto delirio en sus ojos, y en sus acciones movimientos mas prontos y mas resueltos de lo que acostumbra. Le estorbé que comiera mas, y lo hice muy bien, porque una hora despues le dió una violenta ahitera, que infaliblemente la hubiera sofocado, si hubiera seguido comiendo. Desde entonces he resuelto suprimir todos estos juegos que podian inflamar su imaginación hasta el punto de hacer que perdiera el juicio. Como es mas facil sanar de la aflicción que de la locura, vale mas dejarla que pa-

deza mas, y no aventurar su razon.

En este mismo punto, querido mio, con poca diferencia nos hallamos todavía. Desde que ha vuelto el Baron sube Clara á su cuarto todas las mañanas, ó mientras estoy yo en él, ó cuando salgo; pasan juntos una hora ó dos, y el cuidado que de él tiene la obliga á que cuide un poco de si propia: tambien empieza á estar mas tiempo al lado de los niños. Uno de los tres ha estado malo, justamente el que menos quiere. Este accidente le ha dado á entender que todavía le quedaba que perder, y le ha restituido el celo de sus obligaciones. Con todo eso no está aun en el caso de la tristeza; aunque no corren sus lagrimas, á V. se le espera para verterlas, y á V. le toca enjugarlas. Ya debe V. entenderme. Piense en el postrer consejo de Julia, yo fui quien primero le imaginé, y creo que mas que nunca es útil y prudente. Venga V. á reunirse con todo cuanto de ella queda. Su padre, su amiga, su marido, sus hijos, todo le está esperando, deseando; para todos es V. necesario. Finalmente sin explicarme mas, venga V. á participar y sanar mis pesares, acaso le deberé á V. mas que á nadie.

CARTA XII.

DE JULIA A SAN PREUX (1).

PRECISO es que renunciemos á nuestros proyectos. Todo ha variado, mi buen amigo, toleremos sin murmurar esta mudanza, que viene de mano mas sabia que nosotros. Pensabamos en reunirnos, y no era buena esta reunion. Beneficio es del cielo haberla estorbado, que así estorba desdichas.

Largo tiempo me he engañado: engaño que fué para mi saludable, y que se disipa cuando ya de nada me sirve. Me habia V. creído sana y yo habia creído estarlo. Demos gracias al que hizo que perseverara en este error mientras que me ha sido provechoso: ¿quien sabe si viendome tan cerca del abismo, no se me hubiera ido la cabeza? Sí; en balde quise sofocar el primer afecto que me hizo vi-

(1) Esta carta iba inclusa en la anterior.

vir; está reconcentrado en mi corazón; y ahora que ya no es temible se despierta; me sustenta cuando me abandonan mis fuerzas, y me da vigor cuando fallezco. Amigo mio, sin vergüenza hago esta confesion; este afecto que vive à mi despecho no es voluntario; nada ha costado à mi inocencia, todo cuanto de mi voluntad pende lo he consagrado al cumplimiento de mi obligacion; si el corazón que no puede de ella ha sido de V., tormento fué mio, que no delito. He hecho cuanto he debido hacer; me queda la virtud sin mancilla, y me ha quedado el amor sin remordimiento.

Me atrevo à ufanarme del tiempo pasado, ¿pero quien me hubiera podido responder del futuro? Acaso con un dia mas era culpada. ¿Que hubiera sido pasar toda la vida con V.? ¿Que de riesgos sin saberlo he corrido! à cuantos muy mas graves me iba à ver espuesta! Sin duda que por mi sentia los temores que creia sentir por V. Se han hecho todas las pruebas, pero se podian repetir. ¿No he vivido harto para la felicidad y la virtud? ¿Que fruto me quedaba por sacar de la vida? Cuando el cielo me la quita, nada me quita que eche de menos, y ampara mi honor. Amigo mio, me voy en el instante propicio, satisfecha de V. y de mi; me voy con jubilo, y esta partida nada cruel me ofrece. Despues de tantos sacrificios en poco tengo el que por haber me queda, que no es mas que morir una vez mas.

Preveo su pesar de V., conozco que es digno de compasion, bien lo sé, y el conocimiento de su afliccion es el mayor sentimiento que va conmigo. Pero vea V. cuantos consuelos le dejo. ¿Que de tareas que desempeñar por la que quiso le ponen en obligacion de conservarse por ella! tiene V. que servirla en la mejor parte de ella propia, y solo pierde de Julia lo que hacia mucho tiempo que habia perdido. Todo lo mejor de ella le queda. Venga V. à reunirse con su familia y viva su corazón en medio de Vds. Reunase todo cuanto quiso para darle nueva vida. Sus afanes, sus deleites, su amistad; todo será obra de ella. El lazo de la union de V. formado por ella la hará

resucitar, y solo morirá con el ultimo de Vds. todos.

Piense V. en que le queda otra Julia, y no se olvide de lo que le debe. Cada uno de Vds. va à perder la mitad de su vida; nuanse para conservar la otra, que es el unico medio que à entrambos para sobrevivir me les queda sirviendo à mi familia y à mis hijos. ¿Asi pudiera inventar yo lazos todavia mas estrechos para unir à todo cuanto quiero! Quanto se deben amar uno à otro! Cuanta fuerza ha de dar esta idea à su reciproco cariño! Las objeciones de V. contra esta reunion se van à convertir en nuevas razones para formarlas. ¿Como podrán Vds. hablarse nunca de mí sin que ambos se enterezcán? No; Clara y Julia de tal modo se confundirán en su corazón de V. que no será posible separarlas. El de aquella le pagará à V. todo el cariño que à su amiga tuvo; será su objeto y su confidente; será V. feliz con la que le quede sin dejar de ser fiel à la que haya perdido; y despues de tantos tormentos y desconsuelos, antes que se huya la edad de vivir y amar, habrá ardido en un fuego legitimo, y disfrutado una inocente felicidad.

En este casto lazo podrá V. sin distracciones ni temores ocuparse en los cuidados que encomendados le dejo y que encargado en ellos no tendrá porque preguntar que bien en la tierra ha hecho. V. sabe que existe un hombre digno de la felicidad à que no sabe aspirar, y este hombre es su libertador, el marido de la amiga que le ha restituido. Solo, sin que le interese la vida, sin que aguarde la venidera, sin gusto, sin consuelo, sin esperanza, en breve será el mas desventurado de los mortales. V. le debe los cuidados que él le consagró, y sabe que es lo que puede hacerlos utiles. Auerdense de mí anterior; viva con él y no le abandone nada de cuanto à mí me quiso. El le volvió à V. el amor de la virtud; enseñe V. su valor y su objeto, y sea cristiano para persuadir à él à que lo sea. Mas cerea está su conversion de lo que V. piensa, él ha cumplido con su obligacion, y yo cumpliré con la mia; cumpla V. con la suya, que Dios es justo, y no será fallida mi confianza.

Una palabra nada más tengo que decir acerca de mis hijos. Sé los afanes que va à costar à V. su educacion, pero tambien sé que no serán estos afanes penosos. En los instantes de bastio inseparables de este cargo, diga V. son hijos de Julia, y nada le parecerá costoso. Varias observaciones que sobre la memoria de V. y el caracter de mis dos hijos he hecho, se las entregará mi marido; este escrito no está mas que empezado, y no le doy por regla, sino que le sujeto à sus luces. No los haga V. sabios; bagalos, si, hombres benéficos y justos. Habbleles alguna vez de su madre... V. sabe si los quería... Digale à Marcelino que no me fué doloroso morir por él; digale à su hermano que por él amaba la vida; digales... Me siento fatigada... Es preciso que concluya esta carta. Dejándole à V. mis hijos, me separo de ellos con menos sentimiento, y creo que no me aparto de ellos.

A Dios, à Dios, dulce amigo mio... Ay! acabo de vivir como empecé. Acaso digo demasiado en este instante en que nada disimula ya el corazón... ¿Y porque he de temer manifestar lo que siento? No soy yo quien te habla; ya estoy en brazos de la muerte. Cuando esta carta recibas roerán los gusanos el rostro de tu amante, y su corazón donde ya no estarás tú. ¿Pero ha de existir mi alma sin ti? ¿sin ti que felicidad puedo yo disfrutar? No; no te abandono, que voy à esperarte. La virtud, que en la tierra nos separó nos unirá en la eterna morada. Con esta grata esperanza muero; feliz en comprar à precio de mi vida el derecho de amarte sin culpa perpetuamente, y decírtelo una vez todavia.

CARTA XIII.

DE LA SEÑORA DE ORBE A SAN PREUX.

Se que se empieza V. à restablecer lo suficiente para que podamos esperar verle aqui en breve. Es menester, amigo mio, hacer un esfuerzo contra su flaqueza; es menester procurar pasar los montes antes que acabe de cerrarlos el invierno. En este país hallará V. la atmosfera que le conviene, solo verá dolor y tristeza, y

acaso la afliccion general será un alivio para la suya. La mia para exhalar se necesita de V.; yo sola ni llorar, ni hablar, ni darme à entender puedo. Wolmar me entiende, y no me responde. El dolor de un padre desventurado se reconcentra dentro de sí propio; ni imagina otro mas erado, ni sabe verle ni sentirle; los vicios no esplayan su corazón. Mis hijos me entretienen, y no se saben entretener. Yo vivo sola en medio de todo el mundo, y en torno de mí reina un mudo silencio. En un abatimiento estúpido con nadie tengo trato, solo tengo fuerza y vida bastante para sentir los horrores de la muerte. Oh venga, venga V. à quien tanta parte es mi pérdida ha cabido, venga à participar mis penas, venga à apacientarme mi corazón con su dolor, à abrevarle con sus lagrimas; este es el unico consuelo que puedo esperar, este es el unico gusto que me queda que gozar.

Pero antes que V. venga, y sepa yo su sentir acerca de un proyecto de que sé que le han hablado, conviene que de antemano entienda el mio. Soy ingenua y sincera, y no quiero disimular nada. Le he tenido amor à V., y lo confieso; acaso se le tenga todavia, y acaso se le tendrá siempre; ni lo sé, ni quiero saberlo. Lo sospechan asi, no lo ignoro, ni me enfado, ni me enuro de ello. Pero lo que tengo que decir à V. y lo que debe no caersele de la memoria es esto: que mi hombre à quien amó Julia de Etange, y que se pudiera determinar à casarse con otra es à mis ojos un indigno y un villano, que tendria yo à deshonra el mirarle como amigo; y por lo que à mí hace le declaro que todo hombre, sea el que fuere, que sea osado de hoy mas à hablarme de amor no me hablará otra vez en su vida.

Piense V. en las tareas que le esperan, en las obligaciones cuyo desempeño le han fiado, en aquella de quien le prometió encargarse de ellas. Sus hijos se van haciendo grandes, su padre se consume lentamente, su marido está inquieto y agitado. Por mas que hace no puede creer que Julia está aniquilada; su corazón está en su despecho amotinado contra su vana razon. Habla de ella, habla con ella,

y suspira. Creo que veo cumplirse ya los votos que tantas veces hizo Julia; á V. le toca concluir esta grande obra; y que de motivos para llamar aqui á uno y á otro! Digno es del generoso Eduardo que no le hayan hecho mudar su determinacion nuestras desgracias.

Vengan Vds. amables y respetables amigos, vengan á reunirse con todo lo que de ella queda. Reunamos todo cuanto ella quiso; animemos siempre su espíritu, una su corazón á todos los nuestros, vivamos siempre ante su presencia. Me complazco en creer que del cielo, donde habita, de la mansion de perdurable paz, gusta esta alma siempre sensible y amante de volver en medio de nosotros, de hallar llenos de su memoria á sus amigos, de ver que imitan sus virtudes, de oírlos honrar su nombre, y de mirarlos abrazar su tumba pronunciándole entre sollozos. No, no

ha dejado estos lugares que tanto embelataba su presencia; llenos estan de ella todavia. En cada objeto la veo; á cada paso la siento, á cada instante del dia oigo los acentos de su voz. Aqui fué donde vivió; aqui es donde descansan sus cenizas... la mitad de sus cenizas. Dos veces á la semana, cuando voy al templo... veo... veo el sitio triste y respetable...; Beldad, con que es este tu pastre asilo!... Confianza, amistad, virtudes, contentos, alegres juegos, todo lo ha tragado la tierra... Me siento arastrada... me acerco temblando... temo pisar esta tierra sagrada... creo que la siento palpar y gemir bajo de mis plantas... oigo que murmura una voz lastimera: Clara, ó Clara mia, ¿ donde estas? que haces lejos de tu amiga?... su ataud no la contiene toda entera... aguarda lo demas de su presa... no la aguardará mucho tiempo (1).

(1) *Repasando esta coleccion creo que veo la razon porque aunque su interes sea tan debil es para mí muy grato, y pienso que lo será para todo lector de buena indole; y es porque á lo menos este debil interes es puro, y sin mezcla de repugnancia; porque no le escitan delitos ni maldades, ni está unido con el tormento de aborrecer. No puedo entender que gusto puede causar el imaginar y componer el personaje de un perverso, el sustituirse en su lugar, mientras se le hace hablar, el darle el mas brillante colorido. Mucho compadezco á los autores de tantas tragedias llenas de horrores, que pasan su vida haciendo obrar y hablar á hombres que no es posible escuchar ni ver sin pesadumbre. Me parece que sería lamentable suerte la del que á tan cruda tarea fuese condenado; los que con ella se solazan deben estar bien penetrados del celo de la publica utilidad. Yo por mí venero muy de veras su talento y sublime ingenio, pero doy gracias á Dios por no habermele dado.*

FIN DE LA SEXTA

Y ULTIMA PARTE.

LOS AMORES

DE

MILORD EDUARDO BOMSTON.

Las estrañas aventuras de milord Eduardo en Roma eran muy novelescas para que pudieran ir mezcladas con las de Julia sin desfigurar la sencillez de esta. Cebúreme por tanto á extractar y abreviar aqui lo que sea necesario para entender bien dos ó tres cartas en que de ellas se trata.

Durante sus viajes á Italia conoció milord Eduardo en Roma á una señora de circunstancias, napolitana, de quien no tardó en quedar muy prendado; y ella por su parte le tomó una violenta pasion, que la atormentó todo lo demas de su vida, y acabó llevandola á la sepultura. Este hombre aspero y poco rendido, pero sensible y ardiente, en todo grande y estremado, no podia ni inspirar ni sentir un afecto mediano.

Inquietaban á la Marquesa los principios estoicos de este virtuoso ingles, y se resolvió á fingirse viuda mientras estaba ausente su marido; lo cual era facil, por ser ambos forasteros en Roma, y estar sirviendo el Marques en las tropas del Emperador. No tardó el enamorado Eduardo en ofrecerle su mano. Alegó la Marquesa la diferencia de religion y otros pretextos. Finalmente entablaron un trato íntimo y libre, hasta que habiendo descubierto Eduardo que estaba vivo el Marques quiso reñir con ella, despues de haberla llenado de los mas crules improperios, sentido de hallarse culpado, sin saberlo, de un delito que miraba con horror.

La Marquesa, muger sin principios, pero astuta, y llena de atractivos, nada omitió para no perder su amor, y lo consiguió. Suprimióse el trato adultero, pero siguió la amistad. Esta muger, aunque indigna de amar, amaba; fué preciso que se allanara á ver sin fruto á un hombre adorado que de otro modo no podia conservar; y como esta voluntaria atizaba el amor de entrambos se tornó mas ardiente con esta sujecion. No omitió ella las atenciones que podian ser parte á que se olvidara su amante de su resolución; era hermosa y atractiva, pero todo fué en balde; que no vació el ingles cuya grande alma era de prneba. Su pasion primera era la virtud; á su dama hubiera sacrificado su vida, y á su obligacion su dama. Una vez fué muy eficaz la seduccion, y el medio de que se iba á valer para librarse de ella contuvo á la Marquesa, y frustró todas sus artes. Siempre nos vencen nuestros sentidos no porque somos flacos, sino porque somos cobardes. Quien menos que el delito teme la muerte nunca se ve forzado al delito.

Pocas almas vigorosas hay que las otras las arrastren y las encumbren á su esfera, pero las hay. Una de estas era la de Eduardo. Esperaba la Marquesa grangearle, y él la iba insensiblemente grangearlo. Cuando en su boca las lecciones de la virtud tomaban el acento del amor, la movia, la hacia llofar; sus sacrosantos fuegos animaban